

---

## **EXPERIENCIA CRISTIANA EN LA PEREGRINACIÓN JACOBEA**

---

**XI ENCUENTRO DE SANTUARIOS DE ESPAÑA**

**DR. GONZALO TEJERINA ARIAS  
DECANO DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE  
LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA**

Santiago de Compostela, 23 - 25 de septiembre de 2008



Agradezco muy cordialmente la invitación a estar con ustedes para hablar de la peregrinación que trae a esta ciudad de Santiago de Compostela por el Camino jacobeo. En España, como es bien sabido, la Catedral de Santiago es un santuario de enorme importancia por muchas razones, y entre ellas por la particularidad de polarizar hacia sí, desde hace muchos siglos, una multitud de gentes de todos los continentes que llegan por las variadas rutas que forman el Camino de Santiago. Se trata, sin duda, de un caso de extraordinario valor en el fenómeno general de la peregrinación, no solo dentro del cristianismo, sino también en el entorno más amplio de las religiones. Sobre ese peregrinaje versa esta charla, en la que en primer lugar me quiero referir al fenómeno en sí de la peregrinación, luego a lo que es en particular la peregrinación jacobea, a su dimensión espiritual y religiosa, para concluir desde estas consideraciones últimas sobre la necesidad de cuidar con empeño la presencia de los cristianos en el Camino de Santiago manteniendo viva su originaria identidad cristiana sin la cual se desnaturalizaría penosamente.

### **1. La peregrinación como arquetipo de la vida dotada de sentido**

La peregrinación se percibe con gran inmediatez como un verdadero arquetipo de lo que es la vida humana, como figura originaria del fondo de la conciencia del hombre, estructura del psiquismo<sup>1</sup> que expresa con mucha precisión lo que es el desarrollo espiritual de los hombres. La mente asocia fácilmente el fenómeno de la peregrinación con el camino del vivir o con la marcha espiritual del hombre hacia el plano de valores que considera su objetivo. La peregrinación, en efecto, evoca y realiza una condición fundamental del ser humano, su identidad de caminante hacia una meta con el riesgo siempre de extraviarse o de desistir del empeño y no llegar. Por ello, incontables veces y en distintas culturas, literatos y autores espirituales y religiosos han hablado del hombre como peregrino o del curso de la existencia como un peregrinar. En el fondo, es el decurso entero de la vida del hombre, entre los términos del nacer y del morir, lo que puede ser evocado o expresado con la idea de la peregrinación.

Pero si puede ser metáfora de la vida, lo es en realidad de una manera determinada de vivir, de una vida orientada, en camino hacia el valor que la realiza o la enriquece. La peregrinación es no sólo el viaje a alguna parte, sino viaje a un destino de especial valor, a un lugar que es ámbito especial de encuentro con lo Sagrado, aunque éste, en la tradición cristiana, pueda ser encontrado en todas partes y de manera muy significada en el interior del mismo espíritu humano. Así las cosas, la vida es peregrinación en el mejor de los casos, es decir, cuando es carrera a un destino, morada de la verdad, de la justicia, de la belleza, en cuanto viaje en el que se puede alcanzar y gozar un objetivo de valor que contribuye a humanizar al hombre.

La peregrinación se sitúa en la relación de ajuste entre expectativa y cumplimiento en la que consiste el sentido de la realidad y de la existencia del hombre. De este modo atestigua que existe un valor que se puede alcanzar, aunque sea esforzadamente, y se revela como experiencia y expresión del sentido del mundo y de la posibilidad del hombre de encontrarlo y dar así razón y valor a la propia vida.

La peregrinación, además, supone siempre un punto de salida, un hogar al que se quiere volver y que no se dejará de recordar en el viaje. Nadie es peregrino siempre, el viaje al lugar santo, aunque pueda repetirse, es un suceso en la vida, supone una interrupción

<sup>1</sup> Usamos con alguna propiedad la noción de *arquetipo* establecida por C. G. Jung como idea originaria, forma o imagen que está presente en la psique colectiva en buena parte como resultado de experiencias comunes y que se transmite por tradición y por herencia.



por un tiempo en el orden habitual de la existencia para volver después, quizá de otro modo, pero volver, a la vida ordinaria. El peregrino no es un vagabundo, sabe de su origen, de su patria, ni vaga sin destino ni vaga sin procedencia, tiene una meta y un lugar de salida a la cual regresar. Esto significa también que en la peregrinación hay un acto de voluntad, el levantarse y salir hacia una meta valiosa y así refleja una vida vivida bajo el arranque de una libertad consciente y buscadora, una vida como camino asumido libremente hacia un fin deseado, meta del valor.

El peregrino, por último, discurre transitando con alguna seguridad por un camino ya hecho que se ofrece como ruta en la que puede confiar. No es imposible extraviarse, pero el camino está ante él con claridad suficiente como para marchar con la confianza de no perderse. Peregrinar, de esta guisa, es marchar con certidumbre por una vía hecha, porque muchos, antes que el caminante de hoy, abrieron la senda sobre la tierra y adentrándose en ella entra en la corriente de una tradición de búsqueda que ha legado el camino que se tiene ante sí.

Estas implicaciones conlleva el fenómeno de la peregrinación que de esta suerte es parábola de ese movimiento de la vida soberano, responsable, desde un origen hacia un término, lugar de valor superior, por el camino seguro, abierto por tantos buscadores del mismo objetivo, para volver de nuevo a la morada propia con la experiencia de haber alcanzado el valor anhelado. Esto inculca la peregrinación, que la vida puede y debe ser un viaje con sentido que es preciso recorrer con compromiso de razón y de corazón, asumiendo la objetividad de los valores que nos hacen más. Hogar, destino, camino y compañía tejen el peregrinaje como referente primordial de una vida dotada de sentido que se ha de vivir esforzadamente. El peregrino da razón de un mundo habitable, testifica la empresa humana de vivir con empeño en una tierra que no es perfecta ni fácil, en la que sólo se puede vivir con esfuerzo, pero que existe dotada de valores que suscitan y polarizan el andar de los hombres. De esta suerte, la peregrinación revela y consagra el valor del mundo y de la vida humana, como se hace evidente en su normal identidad religiosa como experiencia de fe que parte de un valor ya vivido y sale en busca de su purificación y plenificación para fortalecer la vida de siempre.

Según esto, la peregrinación no siempre será imagen precisa del vivir humano, porque no siempre la existencia del hombre es este camino esforzado hacia un valor alcanzable. Por la falibilidad del hombre y por la dureza del mundo y de la historia, la vida puede derivar también hacia un vagar sin rumbo. El peregrino no es un vagabundo, tampoco es "el extranjero", pero el hombre sí puede serlo y quizá en éste, que es tiempo de tantas orfandades, muchos hombres se sienten más vagabundos o extranjeros que peregrinos, más seres erráticos en un mundo carente de valores, o de caminos, o de buenas compañías, que viajeros con empeño e ilusión hacia un destino seguro en el que encontrar la verdad venerable y el bien que salva.

Todavía nos resuenan los dichos de la estación existencialista de la cultura europea a mitad del siglo XX sobre el hombre como criatura arrojada al mundo, extranjero, esperando a Godot, ser-para-la-muerte. En años posteriores, un libro hasta hoy de tanto éxito en todo el mundo occidental como *El azar y la necesidad* de Jacques Monod hablaba en sus páginas últimas del final del sueño milenarista del hombre que es llevado por la ciencia actual a descubrir su soledad total, su radical foraneidad en el mundo. Aleccionado por esa ciencia empírica, el hombre, decía Monod, sabe hoy que es como un zingaro situado en el margen del universo en el que debe vivir, un universo al que es enteramente ajeno, que es sordo a su música, indiferente a sus esperanzas, a sus



sufrimientos y a sus crímenes<sup>2</sup>. Y todavía en días más cercanos, teóricos de la Post-modernidad, como Vattimo, preconizan como talante propio de este hombre de hoy, desengañado de todas o casi todas las promesas de la razón moderna, "la carencia de identidad personal", "la inexistencia de fundamento fijo", etc. y con ello "el vagabundeo incierto"<sup>3</sup>.

Es evidente que desde un punto de vista estrictamente racional no es sostenible que éste sea un mundo apenas habitable o que la existencia y la historia de los hombres no sean más que un penoso vagar sin rumbo. En algún pensamiento que así se pronuncia no dejamos de percibir cierta pose literaria rayana a veces en la demagogia, pero también sabemos que el hombre se puede extraviar en el mundo, en el tiempo, que no siempre tiene hogar, que puede no encontrar destinos de valor, rutas, señales, compañías cordiales, que puede vivir graves carencias en materia de fe y de esperanza. Y sin embargo, creemos sobre todo que el hombre venido al mundo es capaz de instalarse creadoramente en él y de vivir en su entorno una vida valiosa y satisfactoria porque el mundo es habitable y la misma sociedad humana, con sus espacios o momentos de dureza, de frialdad y violencia, consiente encontrar, esforzadamente, un lugar de luz y de calidez.

Esto da, esto expresa, en esto introduce la peregrinación, en esta experiencia del mundo. Aloja en la senda correspondiente, convierte al hombre que necesariamente ha de moverse en la realidad en peregrino, viajero a un valor alcanzable. Quizá el efecto más propio del peregrinaje sea ayudar a descubrir la vida como marcha en pos de lo bueno y bello. La peregrinación tiene la virtualidad de configurar al hombre como buscador, como viajero por el mundo hacia un objetivo que le realiza, sea el punto de llegada, sea la marcha misma, el recorrido esforzado de un camino en el cual el hombre se puede encontrar a sí mismo o a los demás de una manera nueva.

## 2. Dinámica interna del peregrinar

Estas consideraciones sobre la peregrinación requieren, empero, que observemos más de cerca su dinámica concreta como experiencia del espíritu y de la fe. En lo que sigue a este respecto, nos hemos de fijar, sin embargo, en la experiencia del peregrinar que se hace a pie o con medios poco mecanizados como son caballerías o la bicicleta. Ponemos la atención en esta forma, sin duda la más depurada del peregrinar, por la implicación que en ella tiene la dimensión física del hombre que es en él constitutiva, de tal manera que la marcha por esos medios supone el compromiso más integral del peregrino. Pisando del modo más directo la tierra, la peregrinación devuelve al hombre a su creaturalidad, a las medidas de su naturaleza material, le recuerda su hechura corpórea, su constitución física que corre el riesgo de olvidar subido a los productos de la racionalidad técnica, entregado al uso sistemático de los derivados de su dominio

---

<sup>2</sup> J. MONOD, *El azar y la necesidad*, 186. Y al final de la obra: "El hombre sabe al fin que está sólo en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por azar. Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte", p. 193.

<sup>3</sup> En el fondo subyace una concepción del tiempo, que frente a la visión bíblica de un tiempo tasado, con un principio y un fin, un punto de partida y de llegada, dibuja un tiempo abierto, ilimitado, sin final ni objetivo, en el cual el hombre, dice Metz, "se convierte en 'peregrino sin meta', en 'nómada sin ruta', en 'vagabundo' de inspiración dionisiaca, para quien todas las cosas y relaciones han perdido su gravedad", J. B. METZ, *Memoria Passionis*, Santander 2007, 128.



racional sobre el mundo que le hace olvidar su pertenencia y su dependencia del medio natural y el misterio del ser<sup>4</sup>.

Como dijimos, toda peregrinación está naturalmente ligada a la presencia de unos objetivos de importancia mayor que justifican la interrupción de la vida ordinaria para salir al camino. El esfuerzo físico requerido, el dejar atrás por un tiempo la compañía de personas queridas y los bienes y comodidades materiales que diariamente nos arropan y nos protegen, el pasar a ser tan dependiente de la naturaleza y de los hombres como es y siempre ha sido un peregrino, la ruptura, en definitiva, de lo consuetudinario que lleva a cabo la peregrinación no se hace sino en pos de algún objetivo de valor humano que, literalmente, valga la pena.

Luego, en su desarrollo cotidiano, la peregrinación ofrece un entramado de experiencias que fuera de ella raramente se puede tener a disposición y que la convierte en una escuela excepcional de humanidad. Es sustancial en el peregrinar en las formas que hemos señalado la marcha sacrificada que pone a prueba y permite conocer la fuerza y la flaqueza de nuestro cuerpo y de nuestra voluntad. Y en el caminar de cada día, horas de silencio para repasar la historia personal y para la tarea, grata o menos grata, siempre necesaria, de asumir la vida y el propio yo. En el camino hecho a pie brota el tiempo largo, a la medida real del movimiento humano. El tiempo se humaniza, se recupera según las medidas más propias y ya poco familiares del hombre, porque se vive marcado por el ritmo lento del caminar humano. Fluye el tiempo al ritmo de los pasos del hombre y ofrece así, con amplitud no usual, la ocasión de pensar con detenimiento y a asumir con mayor nitidez el puñado de verdades, de valores, de ideales, a los que se ha confiado la vida, en los que se ha buscado la dignidad y el valor propio como persona.

La peregrinación ofrece además la posibilidad de una experiencia nueva con los hombres, con los otros, con lo humano, merced a una convivencia más libre con gentes desconocidas, compañías y presencias no buscadas con las cuales andar, comer o dormir, con quienes tejer una relación desnuda de condicionamientos, de convenciones y roles, de cálculos o intereses. Al peregrino que marcha solo, la lejanía impone el pensamiento en las personas queridas que son parte de la propia vida y la sostienen, y hace medir en su ausencia, en alguna soledad, el lugar que ocupan en el propio yo. Así tiene la posibilidad de encontrarse con los seres queridos en su ausencia como debemos hacer a veces los hombres para que el reencuentro en su presencia sea más hondo y verdadero. Cuando se hace en compañía, la marcha ofrece una ocasión especial para vivir una amistad o un amor ahormados en los moldes especiales de la peregrinación, de la desinstalación, de la dependencia, que piden apoyo y aliento mutuo, comprensión, humildad, paciencia, generosidad.

En muchas de estas experiencias, sino en todas, la peregrinación se constituye en vía de purificación, espacio de catarsis personal para abrazar realidades consideradas por la persona misma de importancia grande. Este es un elemento esencial y definitorio de la peregrinación que es siempre un camino de depuración esforzada mediante un puñado de renunciaciones para alcanzar una posesión mayor de ciertos valores. La peregrinación se sitúa en la lógica del sacrificio necesario en la vida humana que sólo se puede vivir auténticamente con algún coeficiente de renuncia que reclama el cultivo de realidades

<sup>4</sup> No cae aquí a trasmano la meditación de Heidegger sobre la pérdida del hombre actual del misterio del ser al habitar un mundo formado por sus propias categorías racionales. El hombre se rodea de un universo de instrumentos creados por él para su bienestar y del cual ha desaparecido el misterio de la naturaleza "en bruto", el misterio de las nubes, las rocas y las plantas, que ni proceden de él ni tienen en él su sentido. El hombre abandona toda actitud contemplativa y la reemplaza por la actitud técnica de dominio, sumamente peligrosa; pronto los demás podrán quedar reducidos también a la categoría de herramientas.



superiores. No hay vida espiritual, batalla en pro de la más alta realización personal del hombre o enriquecimiento del propio yo, sin negación, sin ascesis, y de este requisito ordinario es metáfora y resorte la peregrinación que se vive o se puede vivir como práctica concreta de la necesaria liberación para alcanzar y gozar más lo que se estima más valioso.

### 3. El Camino jacobeo

Estas experiencias alcanzan una realización de especial intensidad en el Camino a Santiago de Compostela que en el sentido más estricto en el que nos hemos fijado de camino hecho a pie o por medios poco o nada mecanizados es sin duda la peregrinación más importante en el mundo cristiano, con una afluencia creciente desde hace unos quince años de peregrinos procedentes de todo el mundo. En este sentido, la condición que la Iglesia de Santiago fija para conceder la *Compostela*, haber hecho el recorrido correspondiente a pie, en caballería o en bicicleta, sirve para preservar y alentar la peregrinación en esa forma tradicional y más propia por razón del mayor compromiso del hombre que así la realiza.

Sobre los elementos ya mencionados de la experiencia humana del peregrinar está la fisonomía y la eficiencia específica del Camino de Santiago. La peregrinación, como dijimos, es el contrapunto de cualquier erratismo y el Camino de Santiago, hogar de peregrinos, aparece como ámbito y resorte para hacer la experiencia en el mundo de un viaje con sentido hacia la verdad, el bien y la belleza. Este es un hecho que una vez más hemos de destacar: el Camino, lo que es la ruta jacobea, tiene identidad propia y ejerce una eficiencia espiritual y religiosa sobre quien lo recorre. El Camino es absolutamente abierto, pero tiene su eficacia que puede imponerse sobre el hombre que lo recorre. Con independencia de quién transite sobre él o de cómo lo haga, el Camino está formado por una estructura subsistente de signos, testimonios, presencias, y al final lleva a Compostela, a la tumba, según la tradición, de un apóstol de Jesucristo, primer heraldo del evangelio en España. El Camino ha sido durante siglos ruta hacia lo trascendente buscándose por él la unión con Dios, el modo de dar gracias, de invocar la bendición del Cielo, de impetrar su perdón purificando el propio yo, y esta experiencia humana y religiosa ha constituido a la vía compostelana en camino de vida, en canal de energías espirituales y de testificación de fe perfectamente reales.

La peregrinación hizo el Camino y éste ahora está ahí con alguna independencia sobre los que hoy marchan por él, como éstos mismos reconocen. El peregrino, en efecto, busca el Camino mismo, busca arrojarse en su estrechez, adentrarse en la vida secular e invisible que corre por su cauce, sintiendo de algún modo que es algo que en su objetividad merece respeto y reconocimiento porque detenta alguna superioridad sobre quien lo recorre.

Por razón de esta consistencia suya, decimos que el Camino hace su trabajo sobre quienes marchan sobre él, a veces de manera no prevista. Tiene esa efectividad poderosa de poner en comunicación con el entorno natural y sobre todo con la búsqueda espiritual que lo ha abierto sobre la tierra y de la cual han quedado tantos signos dibujados en ella sin los cuales no sería lo que es. Así, el Camino a Compostela despierta en el peregrino la llamada y el deseo de comunión con la experiencia espiritual de la que la misma vía proviene y que puede testificar como criatura suya. La Vía Compostelana es una plasmación de la secular vida teológica de la cristiandad europea y como criatura de la fe, la esperanza y la caridad cristianas tiene efectividad propia sobre estas o hacia estas virtudes que lo han alumbrado.



En la ruta jacobea se ofrece cada día la posibilidad de contemplar de la forma más auténtica la naturaleza, de admirar con gratitud su belleza y su fuerza, de acatar su pobreza y su dureza, de sentir la realidad física del mundo desde la desnudez o la libertad de un peregrino, con el desapego de quien va ligero de equipaje y nada puede llevarse consigo. Y a lo largo de toda la Vía Compostelana el arte cristiano florecido generosamente en sus orillas, especialmente la arquitectura. Tantos espacios y signos religiosos sembrados por doquier que sacuden y elevan el espíritu del peregrino. Esta es una cualidad indiscutible del arte religioso auténtico, sin fingimiento, como es el románico, que abunda por los bordes del Camino, la capacidad de provocar en el hombre el vuelo del espíritu, el contacto con una pureza excelsa que purifica el alma, con cierta trascendencia, a veces sin rostro, que dilata al hombre por dentro y que ese arte evoca misteriosamente porque se ha construido en pos de ella, para acogerla, para invocarla, para proclamarla<sup>5</sup>.

En el Camino a Compostela desde siempre se puede también conocer y agradecer la lección de generosidad de quienes en él sirven libre y gratuitamente, acogen con afecto al peregrino, le ofrecen un espacio de hospitalidad limpio, le dan de comer, le escuchan, le curan los pies, o de conocer a profesionales que saber aunar el planteamiento comercial de su servicio con el amor al Camino y la atención cordial al peregrino más allá del beneficio.

#### **4. La peregrinación a Santiago como ejercicio espiritual y religioso**

En otra ocasión hemos considerado el hecho de que no siendo la peregrinación dentro de la fe cristiana una práctica prescrita por la Escritura, ha alcanzado, sin embargo, una importancia muy grande, cercana a la que detenta en otras religiones en las que sí se prescribe en los correspondientes textos sagrados<sup>6</sup>. Y esto ha sido así porque, no obstante no tener relevancia en la vida de la fe testimoniada en la Escritura, puede poseer un valor apreciable en la experiencia espiritual o religiosa del cristiano. En efecto, entrelazados los valores de la peregrinación y la riqueza propia de la ruta jacobea en su objetividad, se constituye el perfil espiritual del Camino de Santiago que al final aparece como un ámbito precioso de ejercicio de la vida del espíritu, de acercamiento a lo religioso o de cultivo de lo cristiano, un resorte extraordinario para la humanización que los humanos necesitamos, porque ser persona es el permanente hacerse persona.

Como hemos dicho, la peregrinación, a Santiago o a cualquier destino similar, es un episodio. El peregrino tiene una vida y una casa de las que sale y a las que quiere volver tras haber alcanzado el término de su periplo. Pero justamente por eso, la peregrinación puede y debe tener un valor simbólico, como si de un sacramental se tratase, de reencuentro eficaz con realidades que emergen en el Camino y que en el vivir ordinario pueden venir a menos o ni siquiera aparecer y que conviene mucho o recuperar o experimentar alguna vez. Justamente en su condición de fenómeno de excepción, la peregrinación debe officiar como recordatorio poderoso de realidades grandes para lo que es el vivir ordinario al que se ha de volver.

Esta experiencia espiritual puede provocar el Camino de Santiago, a veces de forma impensada. Podemos hablar así de cierto carácter iniciático de la peregrinación en

<sup>5</sup> La santidad, decía Simone Weil, resplandece en las iglesias románicas y en el canto gregoriano, S. WEIL, *Echar raíces*, Madrid 2006, 183.

<sup>6</sup> G. TEJERINA ARIAS, "Homo viator. Antropología de la peregrinación y el Camino a Compostela", en *Actas del VII Congreso Internacional de Asociaciones Jacobeas. Ponferrada, 20-23 de octubre de 2005*, Ponferrada 2006, 76-78.



general y en concreto del Camino compostelano. Tomando todas las distancias críticas necesarias ante fenómenos neo-gnósticos o esotéricos de alguna pretensión liberadora que están desarrollándose en la vía compostelana, se le debe reconocer ese cierta capacidad de iniciación hacia experiencias espirituales. A todos, a quienes buscan y a quienes no, el Camino supone el contacto con determinados valores humanos o espirituales. Una pregunta que suscita la afluencia anual de docenas de miles de peregrinos por la red viaria que forma el Camino de Santiago es qué se busca o qué da de hecho esta peregrinación. Conocemos sobradamente la presencia de motivaciones o planteamientos de baja intensidad espiritual o de ningún sentido religioso y aunque esto quizá pueda parecer una afirmación polémica, hay que decir que situación se produce con frecuencia mayor entre los peregrinos españoles.

Es obvio que quien consciente y deliberadamente emprende la ruta a Compostela como experiencia espiritual la podrá alcanzar con mayor intensidad y eficacia. Ciertamente, mucha gente contempla la peregrinación a Santiago como una posibilidad de experiencias humanas serias que van por esa dirección del encuentro con uno mismo y de aclaración, ordenamiento o purificación personal en cierto silencio o soledad y en contacto con la naturaleza. El Camino a Compostela, en esa situación, hace al hombre peregrino de sí mismo, en marcha hacia la verdad del propio yo, lo cual no es mal viaje, también por el hecho de que en ese recorrido el hombre puede llegar a los umbrales del misterio de Dios.

Pero aún con una carencia inicial de motivaciones espirituales o religiosas, la peregrinación y el Camino mismo pueden hacer su labor en orden a la experiencia espiritual y religiosa. Conocemos bien el caso de quien ha emprendido la marcha como buscando sólo un ejercicio deportivo, como simple excursión, como un pasatiempo un poco peculiar, de cierto cariz histórico-cultural, y en un punto o en varios, el Camino les asalta y provoca un encuentro con profundidades poco frecuentadas del propio yo o de la historia personal, con la verdad de las cosas, con la necesidad de ganar mayor orden y paz en la propia vida, con la nostalgia de lo absoluto y trascendente que despierta el misterio de la naturaleza, el arte cristiano o la celebración litúrgica a la que se asistió una tarde.

## **5. El camino y la llegada. Vocación religiosa del Camino**

En todo lo dicho hasta ahora me he referido a la peregrinación como marcha cotidiana, como caminar por el Camino. Pero si hemos hablado de la identidad que tiene el Camino de Santiago en sí mismo, independientemente de cómo se recorra, también se debe distinguir la marcha y la llegada. Para quien ha hecho el Camino sin connotaciones religiosas, llegar a Compostela no supone, al menos de manera prevista, el encuentro con la realidad sagrada que allí acoge. Esa llegada es solamente el logro personal de haber consumado un viaje tan exigente como dotado de valores en sí mismo. Por eso, desde una perspectiva puramente humana la meta y el camino pueden ser más parejos y el camino mismo gana una intensidad mayor. Para muchas gentes carentes de fe o de sentido religioso, la meta es en gran medida el propio camino<sup>7</sup>, aunque el final, como bien sabemos, la entrada en Compostela y en la Catedral suponga una emoción intensa, mucho mayor, más profunda y más desconcertante de lo esperado.

Para el cristiano, sin embargo, la aportación espiritual del Camino alcanzará su natural cumplimiento en la experiencia estrictamente religiosa de llegar al templo de Compostela donde celebrar en la fe, en oración y en la concreta praxis sacramental, la consumación

<sup>7</sup> El subtítulo de un guía alemana del Camino de Santiago, bastante difundida entre los peregrinos de ese país, expresa con exactitud esta idea "Der Weg ist das Ziel", el camino es la meta.



del peregrinaje. Para el creyente, entrar en la ciudad del Apóstol, sobre todo el espectro de experiencias humanas que entonces se coronan, significa acceder a una iglesia, templo mayor de la cristiandad, donde se veneran los restos de un predicador del evangelio. Y allí, envuelto en una marea de emociones, dará gracias al Cielo de un modo que sólo al término de la peregrinación se puede hacer y rezará por todo lo que le importa en la vida que en ese momento, después de tanto pensar en el Camino, tiene en la mente quizá con especial nitidez y pedirá perdón por sus pecados con la sencillez y libertad especiales ganadas día a día en la depuración del Camino y que puede estrenar ahora en la Basílica como algo muy novedoso en la vida.

Creyentes y no creyentes pueden compartir la experiencia espiritual del Camino que es más semejante, más la misma para todos que la llegada a la Ciudad del Apóstol. Todos los que aman el Camino a Compostela afirman su textura espiritual y muchos son los no creyentes que reconocen su potencial religioso, su capacidad de poner en comunicación con una realidad trascendente aunque para ellos, como no creyentes, no llega a tener rostro o nombre. No es raro, en efecto, que la peregrinación a Santiago avive de modo imprevisto el sentido religioso, que provoque en su recorrido determinadas sacudidas o acercamientos religiosos o hacia la fe. El Camino está formado por una red intensa de testimonios de fe en el arte, en las estructuras de acogida humana que con carácter gratuito desarrolla la Iglesia, en actos de celebración litúrgica, en el trato personal con un puñado de cristianos presentes en él, a lo largo de su recorrido, como peregrinos. Esta red de presencias, marcadas muchas veces por un signo limpio de gratuidad, elementos de una acogida cordial, desde la ermita abierta, que envuelve en silencio y en frescor, hasta la atención humana de un hospitalero, descargan su poder sobre el peregrino que a veces ha entrado en cuentas consigo mismo con alguna seriedad a lo largo de la marcha, a quien ha ablandado o ha afinado su razón y su sensibilidad el esfuerzo diario, las renunciaciones necesarias, la constatación del propio límite del cuerpo y de la voluntad, el medio natural, cierta soledad, la dependencia insuperable de quien es peregrino, la generosidad humana que se ha conocido en la marcha. También en lo religioso el Camino hace su trabajo por encima de lo inicialmente previsto.

## **6. La peregrinación jacobea y la búsqueda de una nueva sacralidad**

Hoy, el Camino de Santiago se vislumbra por parte de algunos como una ruta de búsqueda de determinada sacralidad de la que se siente cierta nostalgia. La falta de sentido o de experiencia propiamente religiosa no ahoga en el hombre la necesidad de un plano superior de realidades más allá de lo sabido y poseído que den razón y fuerza para vivir. Ante esta nostalgia por algo trascendente, percibido muchas veces de forma confusa o indefinida, ante la querencia por lo misterioso que sea seno acogedor, el Camino de Santiago y en general el fenómeno de la peregrinación se ha convertido en lugar de la búsqueda espiritual de los hombres de la cultura pos-cristiana y pos-secular. Post-cristianismo y Post-secularidad se configuran abriendo un enorme vacío, porque es tanto lo que queda atrás, es casi todo lo que sustentó la vida y la marcha histórica de las sociedades europeas durante toda su historia, primero la cosmovisión cristiana y luego el proyecto moderno de una razón ilustrada y secular, que segura de sí misma, prometía una historia imparable de emancipación en la que tantos hoy ya no pueden creer.

Surge en este contexto la necesidad de un reencantamiento, de una nueva experiencia unificada del yo, el universo y lo divino, y la peregrinación se perfila como fenómeno atractivo en orden a esa búsqueda de comunión total, de unidad y de síntesis gratificante. En la peregrinación, en el perfil y la veste misma y la simbólica del peregrino, buscan hombres de este tiempo una segunda inocencia, una nueva ingenuidad, pisando con reverencia caminos puros de la tierra, queriendo sobre ellos estrenar el mundo, buscando



signos de trascendencia en las rutas milenarias del espíritu, queriendo bañarse y purificarse en los jadeos del alma que se adivinan o se sienten flotando en los caminos a los lugares santos de las religiones.

La peregrinación es antigua y se halla presente en todas las culturas y religiones. Es un modo primordial de andar el hombre sobre la tierra, de recorrer y habitar el mundo buscando en él huellas de su origen, meta y fundamento. Hace milenios que se ha objetivado como metáfora del vivir de los hombres, en un estadio remoto de la cultura humana en el que ésta estaba asentada sobre la convicción de que en el mundo se halla presente la realidad más alta, la más grande, lo santo, que habita en esta tierra y con lo que se puede entrar en íntima relación personal, relación salvadora, a través del viaje correspondiente. Hoy, los hombres de la cultura postmoderna vuelven los ojos a la peregrinación como viaje en el que descubrir de nuevo lo sagrado o algo interesante para la propia vida por senderos antiguos en la tierra.

El Camino de Santiago, en concreto, se está presentando a los ojos de muchos como senda que ha de llevar a alguna experiencia iluminadora o curativa del propio yo que muchas veces no se sabe muy bien en qué pueda consistir. Muchos hoy buscan por el Camino una luz, una paz, una verdad que en la vida ordinaria no se anuncian. Así cuaja el perfil esotérico que está tomando para algunos la peregrinación a Compostela o el tinte gnóstico que exhiben determinadas presencias en su recorrido o en algunas zonas del mismo<sup>8</sup>.

Es posible reconocer en esta percepción alguna verdad, porque la senda de cualquier peregrinación, como dijimos, puede encaminar hacia hondas experiencias espirituales dentro del propio yo, de la historia, a veces oscura, de pueblos y de gentes del pasado, de la naturaleza en su fuerza y su enigma, de lo divino que revela la naturaleza misma o los signos religiosos impresos en la ruta de la peregrinación. La Vía jacobea, en particular, cruza parajes en los que el paisaje se torna misterioso, en algunos tramos está hecha con retazos de sendas anteriores al cristianismo en los que pueden quedar leves vestigios de una religiosidad telúrica precristiana, en sus márgenes han florecido instituciones, comunidades humanas depositarias de saberes nobles y antiguos sobre el hombre. Estos elementos son reales y forman sobre una vía milenaria como la ruta Jacobea una pátina de algún misterio trascendente del que muchos hombres de este tiempo, tiempo de incertidumbre humana, se quieren hacer peregrinos.

Es necesario, sin embargo, advertir inmediatamente del peligro de dejarse engañar por el esoterismo con alguna pretensión redentora que se está asomando al Camino en formas más de una vez de verdadera impostura. Es necesario sobre todo advertir que el auténtico carácter iniciático del Camino de Santiago está en la posibilidad de que introduzca en la dinámica del esfuerzo y el sacrificio en pro de una meta que valga la pena, en la posibilidad de que conduzca a la verdad de uno mismo, al ordenamiento de la vida propia del que ha de resultar la paz y el gozo del vivir, a la convivencia cordial con los demás, a la contemplación de la fuerza y la belleza de la naturaleza ante la que el hombre debe reconocer tanto su superioridad como su dependencia, que conduzca a la pregunta sincera del para qué del andar y del llegar, del origen y del destino último del camino de la humanidad y del propio yo en cuadro de luces y sombras que es la vida del hombre.

<sup>8</sup> Así, las personas y grupos que van desde los neo-templarios a los neo-cátaros, pasando por variadas recreaciones de mitología céltica, espiritualidad y estética de la Nueva Era, propuestas ecologistas, la presencia de hippys reconvertidos en hospitaleros no siempre libres de un desmedido afán de lucro so capa de naturismo.



Por el Camino puede pasar quien quiera y como quiera, pero se debe afirmar que cuando se recorre sin alguna actitud espiritual y religiosa como reconocimiento, búsqueda y veneración de algo superior, entonces la peregrinación ha perdido su identidad más propia. Está pasando así y no puede ser de otro modo dado el enorme número de personas que cada año, en especial en los meses de verano, transitan por el Camino. El crecimiento material, en la vía a Compostela como en cualquier fenómeno análogo, sólo puede darse a costa de la cualidad. Lógicamente, la ausencia de motivaciones de naturaleza espiritual y religiosa para hacer el Camino a Santiago está repercutiendo en el ambiente humano que se sustancia en él que no puede no depauperarse.

## **7. Cuidar la presencia cristiana en el Camino**

Las Iglesias de Europa hoy, y muy especialmente la Iglesia española, tienen el deber de mantener viva la identidad cristiana del Camino de Santiago que ha heredado como legado precioso de humanidad, de cultura y arte, de religiosidad y de nítida fe cristiana.

Esto significa mantener viva y activa en sus orillas los signos de una presencia cristiana que sirve al peregrino una acogida material cálida, le invita a una tertulia, a una oración o una liturgia, le cuenta la historia del lugar, su significado propio en el Camino, las posibles obras de arte cristiano.

Es evidente que frente a la cantidad innumerable de desafíos pastorales del mundo de hoy o de la sociedad española, una presencia cristiana en el Camino de Santiago puede parecer una labor de muy poco rango. Aunque es obvio que hay tareas más graves o urgentes, no se puede ignorar la importancia social y cultural de la Vía Compostelana, Itinerario Cultural Europeo, Calle Mayor de Europa, y la cifra elevada de peregrinos que por él transitan cada año entre los cuales hay de todo, porque es la sociedad entera la que pasa hoy por el Camino y a quien se puede por tanto encontrar en sus bordes en una actitud, además, especial, la del peregrino, que presenta una receptividad peculiar. Creo sinceramente que el Camino es hoy una frontera a la que asomarse con una presencia y un testimonio sencillo del afecto, la verdad y la belleza del Evangelio. La identidad creyente ha sido, es y será la verdad más propia del Camino y sin testimonio de los cristianos en él, haciéndolo como peregrinos o sirviendo a quienes pasan, se reducirá a una vía para senderistas, mochileros, ciclistas esforzados o aventureros varios. La presencia creyente en el Camino con voluntad testimonial es resorte fundamental para preservar su identidad cristiana y con ésta su valor humano, todos los simbolismos eficaces que encierra como camino del hombre, vía para el peregrinaje del espíritu.

Por eso, cultivar la presencia cristiana en la ruta jacobea es un objetivo pastoral nada despreciable porque significa mantener vivo el fenómeno de la peregrinación, tutelar su significado espiritual y cristiano y custodiar el alma cristiana del Camino a Santiago de Compostela que es un retazo precioso de la identidad y la historia cristiana de Europa. Es obvio que la cuestión de la acción pastoral que se pueda desarrollar en el Camino de Santiago requeriría un estudio amplio y específico que no podemos abordar aquí. Sólo deseo señalar que el próximo Año Santo está a las puertas y sería una ocasión buena para reordenar e intensificar toda la actividad pastoral que en estos años ha venido desarrollándose en varios lugares. Se ha hecho, en efecto, un camino valioso de trabajo pastoral en distintos sitios que se podría coordinar mejor y desde esas realidades vivas intentar extender lo que se pudiera hacia otros tramos de la Ruta Jacobea en los apenas hay nada. El hecho de que tras el Año Santo de 2010 que se acerca no vuelva a haber otro en 10 años, debería ser también un estímulo poderoso para aprovechar este próximo en toda la intensificación posible del compromiso pastoral.